

LA LETRA ESCARLATA

PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES

Nathaniel Hawthorne

LA LETRA ESCARLATA



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>

<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>

© Traducción: Marta Reyes Seco

Correcciones: L.T.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock

Autor: Dan Bemayer

Primera edición: *Enero, 2021*

Segunda edición: *Septiembre, 2023*

ISBN: 978-84-17782-74-0

Depósito legal: M-31557-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

Podemos situar a Nathaniel Hawthorne, sin la más mínima duda, en el pódium de los mejores prosistas clásicos estadounidenses, compartiendo trono con los superlativos Edgar Allan Poe, Herman Melville o, incluso, con otros talentos puramente genuinos como Henry James o Mark Twain. Su estilo es elegante, profundo y ampliamente pulido, y «un autor tan veraz como lo permite su talento», como él mismo comentaría en alguna ocasión. Su trabajo ha influido, directa e indirectamente, en novelistas y cuentistas contemporáneos de todos los ámbitos. El ejemplo más claro es Paul Auster, autor de *La trilogía de Nueva York* o *4321*, que ha defendido a capa y espada que *La letra escarlata* es de las mejores novelas de la historia, «un libro mágico en cierto sentido», un reflejo de símbolos de resistencia ante la injusticia y un representante de la libertad en la figura de su protagonista, Hester Prynne. Para Auster, Hawthorne es su escritor americano favorito. Mientras que la literatura hawthoriana bebe, innegablemente, de Esopo, Homero, François Rabelais, William Shakespeare, John Milton, Dante Alighieri, Miguel de Cervantes, Laurence Sterne, Walter Scott y John Bunyan y Edmund Spenser, ante todo. Por esa razón, también la literatura austeriana está impregnada de pinceladas de todos estos grandes literatos, creando un círculo donde toda obra excelente del pasado contribuye a la creación de más piezas excelsas en el presente y futuro.

IDEAS BÁSICAS DE LA LETRA ESCARLATA

Hester Prynne es la mujer de un comerciante que comete adulterio en ausencia de su marido. Sin posibilidad de ocultar este hecho, a causa de un embarazo, es juzgada y condenada a llevar en su pecho la letra A, de adulterio, como símbolo de su pecado. Motivo por el cual quedará marcada, pública y privadamente, de por vida.

Ambientada en un pueblo de la puritana Nueva Inglaterra del siglo XVII, esta novela es un canto a la libertad en contraposición a los rígidos preceptos morales de la época. Sin embargo, su crítica social y enseñanza tienen tanto valor hoy como entonces, de ahí la vigencia de estas letras y esta historia. A lo largo de los diferentes pasajes se crea un combate feroz entre la opresión social y la represión psicológica, creando un cuadro que sobredimensiona, con todo lujo de detalles, la patología de una sociedad, anclada en creencias religiosas obsoletas, que necesita escoger un chivo expiatorio y alienar a los supuestos pecadores.

Lo que determina la diferencia y la maestría de esta obra —ubicándola en contexto temporal— es que Hester se descubre como una heroína autosuficiente que nunca se arrepiente de haber cometido adulterio, ni se considera culpable o pecadora por tal motivo. Se rebela ante la Iglesia y la sociedad por lo que para ella es una gran injusticia.

¿Es Hester justamente condenada? No podemos decir que el adulterio sea algo que esté bien hecho o sea coherente, como tampoco lo es robar, mentir o miles de cosas más que hacemos los seres humanos. No, no está bien. Tampoco Hawthorne defiende que lo esté. Pero sí defiende, en cada una de las palabras de este libro, que las circunstancias son un valor determinante en las acciones de las personas, tanto en sentido positivo como negativo. Hester Prynne actúa mal, no obstante, actúa de “forma humana” según las particularidades del momento en el

que estaba viviendo. Hizo lo que hizo por amor, por sentirse amada otra vez, deseada, con la libertad que le otorga ser una persona que estaba sola, completamente sola, abandonada por años a esa soledad, con un marido que ni estaba ni se le esperaba... ¿Quién no habría actuado de una manera similar en su situación, encontrando a una persona afín con la que compartir pasión y amor?

Sinceramente creo que muchos de nosotros «habríamos pecado», de ahí que nos sintamos tan identificados con ella. Todos hemos hecho cosas negativas a lo largo de nuestra vida, actos que quizá no repetiríamos en otras coyunturas. ¿Somos malos por ello? No, claro que no. Somos humanos. Y eso lo dice todo...

Ojalá también saquemos de Prynne la valentía para luchar por lo que es justo, más allá del poder que ejerzan sobre nosotros las instituciones y la sociedad para someternos a unas leyes o creencias que a veces son inaceptables. Eso es lo que enseña esta magnífica obra. Eso es lo que debemos llevar a la práctica.

El editor

LA ADUANA

Introducción a *La letra escarlata*

No deja de ser extraño que, pese a mi escasa afición a hablar de mí mismo y de mis asuntos, ni siquiera a mis amigos más íntimos cuando estoy en mi casa al amor del fuego, no obstante, se haya apoderado de mí en dos ocasiones distintas un auténtico apetito autobiográfico por dirigirme al público. La primera ocasión tuvo lugar hará cosa de tres o cuatro años cuando, sin un motivo justo que lo explicase o razón de ninguna especie que puedan imaginarse el benévolo lector o el autor intruso, obsequié al primero con una descripción de mi clase de vida en la profunda calma reinante en la antigua casa parroquial.^[1]

Y ahora, pues entonces y sin méritos que lo justificasen, tuve uno o dos oyentes, echo de nuevo mano como buenamente puedo, por decirlo así, y, quieras o no, me pongo a hablar de mis vicisitudes durante los tres años que pasé en una oficina de aduanas. Sin embargo, parece que cuando un autor deja sus páginas en manos de la publicidad, no se dirige a la multitud que dejará el libro a un lado, o ni siquiera lo tomará jamás entre sus manos, sino a los muy escasos lectores que lo comprenderán mejor que la mayoría de sus compañeros de colegio o sus coetáneos.

[1] El autor se refiere a la introducción de una de sus primeras obras, *Musgos de una antigua casa parroquial*, en la cual aporta ciertas pinceladas autobiográficas.

Tampoco faltarán autores que en este punto vayan incluso más allá lejos en ciertos detalles confidenciales que pueden interesar única y exclusivamente a un corazón excepcional y a una inteligencia en perfecta armonía con la suya, como si el libro impreso viese la luz en el gran mundo con la certeza de que deberá tropezar con el ser que constituye el complemento a la naturaleza del escritor, cerrando así el círculo de su existencia al ponerlos en comunicación a los dos.

Sin embargo, no me parece digno, hablar de uno mismo sin reservas, aunque se haga en términos impersonales. Pero como ya se sabe que si el orador no se pone en completa e íntima comunión con sus oyentes, los pensamientos estarán yertos y sin color, y la frase quedará desmayada y fría, habrá que perdonarse que nos figuremos que un amigo, que no tiene por qué ser muy íntimo, aunque sí benévolo y atento, está prestando oídos a nuestro discurso. Entonces, esfumándose nuestra reserva natural, gracias a esta especie de intuición, podremos charlar de todo aquello que nos rodea e incluso de nosotros mismos, aunque siempre dejando que el Yo oculto no se haga demasiado conspicuo. Hasta ese punto, y dentro de estos límites, comprendo que un autor puede ser autobiográfico sin conculcar ciertas normas y respetando ciertos privilegios del lector, lo cual incluye los miramientos que debe a su persona.

Ya se reparará que este bosquejo de la aduana resulta oportuno. Al menos adolece de esa oportunidad siempre valorada en la literatura, pues explica la forma en que llegaron a mis manos muchas de las páginas que siguen más adelante, al tiempo que presenta una prueba de la veracidad de la historia que se plasma en ellas. Lo cierto es que la única razón que he tenido para ponerme en comunicación directa con el público es en realidad el deseo de presentarme como autor de mi narración más extensa. Me pareció que, al mismo tiempo que cumplía mi objetivo principal, se me podría permitir que

diese mediante unas cuantas pinceladas una idea somera de un género de vida hasta ahora no descrito, esbozando los retratos de algunas de las personas que se mueven en ese círculo, entre las cuales estaba el autor porque la casualidad lo ha querido de esa manera.

Hará más o menos medio siglo existía en mi ciudad natal de Salem un muelle siempre lleno de animación, y que hoy se hunde bajo el peso de almacenes de madera prácticamente podrida. Casi no se ven más señales de vida comercial que algún bergantín o una barca atracados al costado del triste muelle, descargando cueros, o bien alguna goleta de Nueva Escocia en la cual se está acarreado un cargamento de leña que servirá para hacer fuego en las chimeneas. Allí donde se inicia este destartado muelle, en ocasiones cubierto por la marea, se levanta un gran edificio hecho de ladrillo.^[2] Desde sus ventanas se puede apreciar la vista de la poco animada escena que ofrecen los alrededores y de la gran cantidad de hierba que crece por doquier que han dejado como herencia los numerosos años y el escaso movimiento comercial.

En la cúspide del techo del extenso edificio al cual he hecho mención, justamente durante tres horas y media desde el mediodía, todos los días flota al aire o se mantiene tranquila, dependiendo de si la brisa sopla o está en calma, la bandera de la república, pero con las trece estrellas en posición vertical, no horizontal. Esto indica que este lugar es un puesto civil, no militar, del gobierno del Tío Sam.^[3]

[2] El autor se refiere al edificio de la Aduana que todavía existe en la ciudad de Salem y que es hoy un monumento nacional histórico.

[3] El origen de esta denominación se remonta a un grupo de soldados acuartelados al norte del Estado de Nueva York durante la guerra angloestadounidense de 1812, que recibieron una partida de carne con las iniciales U.S. (United States). Entonces los soldados hicieron un juego de palabras con esas iniciales y las del proveedor de carne, Uncle Samuel Wilson. En 1961 el Congreso de Estados Unidos lo adoptó como símbolo nacional.

La fachada está decorada con un pórtico formado por media docena de columnas de madera que sustentan un balcón. Debajo de este último una escalera con peldaños anchos de granito desciende hasta la calle. Sobre la entrada se cierne un gigantesco ejemplar del águila americana con las alas desplegadas, un escudo en el pecho y, si no me falla la memoria, un haz de rayos y dardos en cada garra. Con la habitual falta de carácter peculiar de esta malhadada ave, a juzgar por la fiereza que emanan de su pico y sus ojillos y por la ferocidad general de su actitud, se diría que está lista para castigar al inofensivo vecindario, haciendo una advertencia, especialmente dirigida a todos aquellos ciudadanos que en algo valoren su integridad física, que no dañen la propiedad bajo la protección de sus alas. No obstante, pese a lo iracundo de su aspecto, muchas personas ahora mismo están tratando de refugiarse bajo las alas del águila federal, imaginando que su pecho posee la blandura y el confort de una almohada de plumón. Sin embargo, lo cierto es que su ternura no es grande, ni siquiera en sus horas más apacibles, y tarde o, mejor dicho, más bien temprano puede expulsar del nido a sus polluelos dándoles un arañazo con sus poderosas las garras, un certero picotazo, o una irritante herida infligida por sus dardos.

El suelo alrededor del edificio recién descrito, que a partir de ahora ya denominaré la Aduana del Puerto, tiene las grietas llenas de tantísimos hierbajos tan altos que demuestra sin ningún tipo de tapujos que en los últimos tiempos no se ha visto muy favorecido con la presencia de un nutrido número de hombres de negocios. Sin embargo, algunos meses del año suele haber algún mediodía que otro durante el cual presenta un aspecto más animado. Este tipo de ocasiones pueden hacer evocar a los ciudadanos ya talludos la época anterior a la última

guerra con Inglaterra.^[4] En aquel tiempo Salem era un puerto importante, no uno desdeñado como ahora por sus propios comerciantes y navieros, que dejan que sus muelles se caigan a pedazos mientras sus transacciones mercantiles van a sumarse de manera innecesaria e imperceptible a la poderosa corriente del comercio de Nueva York o Boston. En una de esas jornadas, cuando han arribado al muelle casi al mismo tiempo tres o cuatro buques, por lo general procedentes de África o de América del Sur, o cuando están a punto de zarpar con rumbo a esos destinos, se oye el ruido frecuente de pisadas de quienes suben o bajan a toda prisa por los escalones de granito de la Aduana. Aquí, antes incluso de que su esposa lo haya saludado, podemos estrechar la mano del capitán del buque recién arribado, con los papeles del barco en una caja de hojalata deslustrada que lleva bien sujeta debajo del brazo. También aquí se nos presenta el propietario del navío, de buen humor o de mal genio, afable o agrio, dependiendo de si sus esperanzas sobre los resultados del viaje se han cumplido o se han quedado en agua de borrajas; es decir, si las mercancías traídas podrán convertirse fácilmente en dinero, o si son de las que no podrán venderse aquí ni ofreciéndolas de saldo. También se veía el germen del mercader de ceño fruncido, barba cana y rostro angustiado por la inquietud, en del joven dependiente vivaracho que va tomándole el gusto al comercio, igual que un lobato al olor de la sangre, y que se aventura ya a enviar sus mercancías a los buques de su principal, cuando lo mejor sería que estuviese jugando con barquitos de papel en el estanque del molino. Otra de las personas que se presenta en escena es el marinero enrolado para navegar al extranjero, que viene a buscar un pasaporte; el que acaba de llegar tras una larga travesía, todo pálido y débil, que busca un pase para el hospital.

[4] Conflicto que enfrentó a Estados Unidos contra el Reino Unido y sus colonias canadienses entre 1812 y 1815.

Tampoco debemos tampoco olvidar a los capitanes de las goletas que traen madera de las posesiones inglesas de América del Norte. Son marinos de aspecto rudo, sin la viveza del yanqui, pero que contribuyen con una suma nada desdeñable a mantener el decadente comercio de Salem.

La reunión de estas personalidades en un grupo, cosa que ocurría en ocasiones, junto con la de otros individuos de distinta clase, dotaba a la Aduana de cierta animación durante algunas horas convirtiéndola en teatro de escenas bastante vivaces. No obstante, lo que más a menudo se veía a la entrada del edificio, cuando era verano, o en las habitaciones interiores, en invierno o cuando el mal tiempo así lo determinaba, era una fila de venerables figuras sentadas en butacas de tiempos antiguos cuyas patas posteriores estaban inclinadas contra la pared. También a menudo se encontraban durmiendo, aunque de vez en cuando se les veía charlar unos con otros en una voz entre el habla y el ronquido, y con esa falta de energía propia de los residentes de un asilo para indigentes y de todos aquellos que dependen de la caridad pública para su subsistencia, acerca de un trabajo en el cual el impera monopolio, o acerca de cualquier otra ocupación que no constituya un trabajo personal e independiente. Todos estos ancianos caballeros, que se hallaban sentados como San Mateo cuando recaudaba los impuestos,^[5] pero que sin lugar a duda no serán llamados a desempeñar una misión apostólica con él, eran empleados de la Aduana.

Al entrar por la puerta principal del edificio, a mano izquierda se puede ver un cuarto u oficina de unos cinco metros cuadrados de superficie, aunque de techos muy altos, con dos ventanas con forma de arco, desde donde se domina el mencionado muelle destartalado, y una tercera estancia que da a una calleja

[5] San Mateo, el autor de los primeros Evangelios, fue recaudador de tributos para los romanos en Cafarnaúm hasta que, según la tradición cristiana, fue llamado por Cristo a que lo siguiese.

angosta y desde donde también se ve una parte de la calle de Derby. Desde las tres ventanas se pueden ver también tiendas de especias, de fabricantes de garruchas, de vendedores de bebidas malas, y de velas para naves. Delante de las puertas de esas tiendas suelen verse grupitos de viejos marineros y de otros tipos que frecuentan los muelles, personajes habituales en todos los puertos marítimos, charlando, riendo y fumando.

La habitación de la cual hablo está cubierta por un sinnúmero de telarañas y pintada con una capa de pintura muy vieja. Su piso es de arena parda, de una clase que ya no se utiliza en ningún sitio. Del abandono general de la estancia bien se puede deducir que es un santuario en el cual ninguna mujer armada con sus instrumentos mágicos, la escoba y el estropajo, entra más que en raras ocasiones. En cuanto al mobiliario y los utensilios, hay una estufa con un voluminoso tubo o cañón; un viejo pupitre de pino con un taburete de tres patas; dos o tres sillas demasiado decrepitas y poco seguras con asientos de madera; y, para no olvidar la biblioteca, unos treinta o cuarenta volúmenes de las Sesiones del Congreso de los Estados Unidos y una formalísima Recopilación de las Leyes de Aduana, todo ello desperdigado por algunos estantes. También hay un tubo de hojalata que asciende hasta el techo de la estancia, lo atraviesa, y establece una comunicación vocal con otras partes del edificio. Y en el lugar descrito, hará unos seis meses, paseándose de aquí para allá o acomodado en el taburete, clavando los codos sobre el pupitre, barriendo con la mirada las columnas del periódico matinal, el honrado lector podría haber reconocido al mismo individuo que ya lo invitó en otro libro a su reducido despacho, donde los rayos del sol brillaban tan alegremente a través de las ramas de sauce, al costado occidental de la antigua casa parroquial. No obstante, si ahora se le ocurriese ir allí a visitarlo, preguntaría en balde por el inspector en cuestión. La necesidad de reformas y cambios que impuso la política terminó con su

empleo, y un sucesor con más méritos se ha hecho cargo de su puesto y también de los emolumentos que conllevaba.

Esta antigua ciudad de Salem, la ciudad que me vio nacer y a pesar de haber vivido mucho tiempo lejos de ella, tanto en mi infancia como ya más entrado en años, es o fue objeto de un especial cariño por mi parte y de cuya intensidad nunca pude darme cuenta durante las temporadas que residí allí. Y es que, en honor de la verdad, si se tiene en cuenta el aspecto físico de Salem, con su suelo llano y monótono, sus casas prácticamente todas de madera, con muy pocos o casi ni un solo edificio que aspire a la belleza arquitectónica, con una irregularidad que no resulta pintoresca, ni siquiera rara, sino simplemente corriente y moliente, con su larga y soñolienta calle que se extiende a lo largo de toda la longitud de la península donde está levantada, ya que estos son los rasgos propios de mi ciudad natal, lo mismo valdría sentir un cariño sentimental hacia un tablero de ajedrez en desorden.

No obstante, aunque sea sin lugar a duda más feliz en cualquier otro sitio, en lo más recóndito de mi ser existe un sentimiento con respecto de la vieja ciudad de Salem, al cual, a falta de otra expresión mejor, me conformaré con denominarlo apego. Tal vez el motivo sea las antiguas y profundas raíces que puede decirse que ha hundido mi familia en su suelo. Efectivamente, hace ya casi dos siglos y cuarto que el primer emigrante británico de mi apellido hizo su aparición en la agreste factoría rodeada de bosques que más tarde se transformaría en una ciudad.

Aquí han nacido y muerto sus descendientes, aquí han mezclado su parte terrenal con la tierra, hasta que una parte no pequeña de ella debe guardar un estrecho parentesco con la envoltura mortal en la cual, durante un breve espacio de tiempo, deambulo por sus calles. Por lo tanto, el apego y cariño

del cual hablo es en realidad la simpatía sensual del polvo por el polvo.

Pero sea lo que sea, ese sentimiento mío tiene su aspecto moral. La imagen de ese primer antepasado, al cual la tradición familiar llegó a dar cierta grandeza difusa y tenebrosa, se adueñó por completo de mi imaginación infantil. Todavía hoy puedo decir que no me ha dejado del todo, y que mantiene viva en mí la llama de una suerte de sentimiento doméstico y de amor hacia lo pretérito, en el cual no cabe para nada por cierto el actual aspecto de la población. Me imagino que tengo mucho más derecho a residir aquí debido a este progenitor con barba, de aspecto grave, vestido con una capa negra y un sombrero puntiagudo, que vino mucho tiempo atrás con su Biblia y su espada, que holló esta tierra con su apariencia majestuosa, y desempeñó su papel tanto de hombre de guerra como de paz, repito que, gracias a él, tengo mucho más derecho que el que podría exigir por mí mismo, una persona cuyo nombre apenas oye casi nadie ni cuyo rostro ve.

Ese antepasado mío fue soldado, legislador y juez. Su voz era obedecida en la iglesia. Reunía todas las cualidades propias de los puritanos, tanto las buenas como las malas. Era también un enemigo implacable, de lo cual dan buen testimonio los cuáqueros^[6] en sus historias. En ellas, al hablar de él, recuerdan una incidencia debida a su dura severidad con una mujer de su secta, un suceso que probablemente dure más tiempo en la memoria de los hombres que cualquiera de sus demás buenas acciones, y eso que estas últimas no son pocas. Su hijo

[6] La Sociedad Religiosa de los Amigos, conocida como cuáqueros, es una comunidad religiosa disidente fundada en Inglaterra por George Fox (1624-1691). El nombre proviene de «quakers» o «tembladores», puede que en alusión a la instrucción dada por su fundador de «temblar en el nombre del Señor», o bien puede corresponder a la experiencia de quienes eran «movidos» por el Espíritu. Se extendieron por Estados Unidos gracias a William Penn, sobre todo en Pensilvania. No tienen un credo oficial y pueden tener creencias distintas en cada país y a escala nacional.

también heredó el espíritu de persecución, y se hizo tan notorio en el martirio de las brujas^[7] que bien puede decirse que la sangre de aquellas mujeres ha dejado un baldón en su nombre. Ignoro si estos antepasados míos al final pensaron en arrepentirse y rogar al cielo clemencia por sus crueldades, o bien si aún gimen padeciendo las graves consecuencias de sus culpas en otro estado. De todos modos, el que escribe estas líneas, en su calidad de representante de aquellos hombres, se abochorna en su nombre por sus hechos, y suplica que cualquier maldición en la cual pudiesen haber incurrido —pues ha oído hablar de ella, y la lamentable y escasamente próspera condición de la familia durante muchas generaciones parece dar testimonio de semejante maldición— se desvanezca de ahora en adelante y para siempre.

Ahora bien, no cabe duda de que cualquiera de esos sombríos y severos puritanos habría creído que era ya bastante expiación de sus pecados ver que el antiguo tronco del árbol familiar, tras haber transcurrido tantos y tantos años que lo han cubierto de una venerable capa de musgo, haya logrado dar como fruto que adorna su copa un ser ocioso de mi categoría. Ninguno de los objetos que más he apreciado sería considerado loable por ninguno de ellos. Cualquiera que fuese el buen éxito que yo alcance, si es que me ha sonreído alguna vez el buen éxito en la vida, salvo en el círculo de mis afectos familiares, ellos lo habrían juzgado como cosa sin ningún valor o lo creerían directamente deshonroso.

¿Y él qué es? Pregunta con una especie de susurro una de las dos solemnes sombras de mis antepasados a su compañera. ¡Un escritor de libros de anécdotas! ¿Qué tipo de ocupación es ese? ¿Qué forma será de glorificar a Dios y de ser útil durante su

[7] El autor se refiere al famoso proceso o, mejor dicho, la persecución de las brujas o de las personas acusadas de tener tratos con Satanás. Esta persecución dio lugar a los célebres juicios de Salem, que se saldaron con la ejecución por ahorcamiento de una veintena de personas entre 1692 y 1693.

vida a la humanidad? ¡Cómo! Este vástago degenerado tendría el mismo derecho a ser un rascatripas. ¡Esos son los elogios que me dedican mis abuelos a través del piélago de los años! Y pese a su menosprecio, no se puede negar que hay en mí muchos de los rasgos propios de su naturaleza.

Plantado, digámoslo así, el árbol de mi familia con profundas raíces por esos dos hombres solemnes y enérgicos durante la niñez de la ciudad de Salem, desde entonces ha pervivido allí; siempre digno de respeto; que yo sepa, jamás deshonrado por ninguna acción indigna de ninguno de sus miembros. Ahora bien, en raras ocasiones o nunca, después de las dos primeras generaciones, tampoco ha realizado ningún hecho notorio o que al menos se ganase la atención del público. Poco a poco, la familia se ha ido haciendo cada vez más invisible, al igual que las casas antiguas que gradualmente van desapareciendo debido a la lenta elevación del terreno, en el cual se diría que van hundiéndose.

Durante más de una centuria, padres e hijos buscaron su ocupación en el mar. En toda generación había un capitán de buque que había envejecido en ese oficio y abandonaba el alcázar del buque para retirarse al antiguo hogar de la familia. Mientras él se marchaba, un muchacho de catorce años ocupaba el puesto hereditario junto al mástil, enfrentándose a la ola salada y a la tempestad que antes habían arrostrado su padre y su abuelo. Transcurrido un tiempo, el joven pasaba del castillo de proa a la cámara del buque. En ella pasaban entre tormentas y calma chichas los años de su juventud y de su madurez para regresar de sus peregrinaciones por el mundo a envejecer, morir y mezclar su polvo mortal con el de la tierra que lo vio nacer.

Esta larga asociación de la familia con un mismo lugar, que era su cuna y su sepultura al mismo tiempo, crea una especie de parentesco entre el hombre y el pueblo que no guarda

ninguna relación con la belleza del paisaje ni con las condiciones morales circundantes. Puede afirmarse que no se trata de amor, sino más bien de instinto. El nuevo habitante, que proviene de un país foráneo, ya sea él, su padre o su abuelo, no posee ningún derecho a ser llamado salemita. Desconoce esa tenacidad, semejante a la de la ostra, con la cual un antiguo poblador se apega al sitio donde una generación tras otra se ha ido encajando. Da igual que el lugar le parezca triste o que esté harto de las viejas casas de madera, del barro y el polvo, del viento helado que sopla del este y de la atmósfera social aún más glacial. Todo esto y cualquier falta que vea o crea percibir no tienen nada que hacer. Para él persiste el encanto, tan poderoso como si el suelo natal fuese un paraíso terrenal. Es lo que ha ocurrido conmigo. Yo casi creía que el destino me obligaba a convertir Salem en mi hogar para que los rasgos de las fisonomías y la disposición del carácter que durante tanto tiempo han sido aquí familiares —ya que cuando un representante de la raza reposaba en su tumba otro continuaba, digámoslo así, la habitual facción de centinela en la calle principal— aún pudiesen apreciarse y distinguirse en mi persona en la antigua población. Pero este mismo sentimiento viene a demostrar que esa asociación ha adquirido un carácter enfermizo y que, por ello, debe cesar finalmente por completo. La naturaleza humana, al igual que un árbol, no florecerá ni fructificará si se planta y se replanta durante una larga serie de generaciones en el mismo terreno ya agotado. Mis hijos han nacido en otros lugares y, en lo que dependa de mí, irán a echar sus raíces en otros terrenos.

Al salir de la antigua casa parroquial, fue en especial este raro, atípico y triste apego a mi ciudad natal lo que me trajo a aceptar un empleo oficial en el extenso edificio de ladrillos descrito que servía de aduana, cuando habría podido ir tal vez con mejor fortuna a cualquier otro lugar. Pero así estaba escrito. No una vez, ni dos, sino muchas, yo había salido de Salem, según parece

para no volver más, pero nuevamente había regresado a la vieja población, como si para mí Salem fuese el mismo centro del universo.

Así pues, una mañana, que por cierto había amanecido espléndida, subí los escalones de granito de los cuales ya he hablado. Llevaba en el bolsillo mi nombramiento de inspector de aduanas firmado por el presidente de Estados Unidos, y me presentaron al cuerpo de caballeros que deberían ayudarme a sobrellevar la gran responsabilidad que mi empleo hacía recaer sobre mis hombros.

Dudo mucho o, mejor dicho, creo firmemente que ningún funcionario público de Estados Unidos, ya sea civil o militar, haya tenido bajo sus órdenes un cuerpo de veteranos tan patriarcales como el que me tocó a mí. Cuando los vi por primera vez, para mí quedó resuelta la cuestión de saber dónde se encontraba el vecino más antiguo de la ciudad. A lo largo de más de veinte años, antes de la época de la cual hablo, la posición independiente de la cual gozaba el administrador había mantenido la aduana de Salem lejos del torbellino de las incidencias políticas que por lo general hacen tan precario cualquier puesto del Gobierno.

Un militar, uno de los soldados más distinguidos de Nueva Inglaterra, se erguía firmemente sobre el pedestal de sus heroicos servicios. Como se creía seguro en su puesto, gracias a la juiciosa generosidad de los sucesivos gobiernos a cuyo servicio había mantenido su empleo, también había sido el ancla de salvación de sus subordinados en más de un momento de peligro. El general Miller no era una persona amiga de cambios por su forma de ser. Era un hombre de talante benévolo a quien la costumbre influía no poco. Se apegaba como las lapas a las personas cuyo rostro le resultaba conocido, y difícilmente resolvía hacer un cambio, por mucho que conllevarse una mejora incuestionable.

Así pues, al tomar posesión de mi cargo, me encontré con numerosos empleados ancianos. Eran, en su mayoría, antiguos capitanes de barco que, tras haber navegado por los siete mares y haber resistido como si fuesen rocas los huracanes de la vida, finalmente habían echado el ancla en este tranquilo rincón del mundo. Allí había poca cosa que los perturbase, salvo los temores periódicos de una elección presidencial que podría dejarlos cesantes, y tenían asegurada la subsistencia e incluso casi una prolongación de la vida. Y es que por mucho que estuviesen tan expuestos como el resto de los mortales a los achaques de los años y a sus enfermedades, sin lugar a duda tenían algún talismán, amuleto o algo parecido que parecía retrasar la catástrofe inevitable. Alguien me dijo que dos o tres de ellos sufrían de gota y reumatismo, o tal vez estaban postrados en sus camas y no se dejaban caer ni por casualidad por la oficina durante una gran parte del año. Sin embargo, una vez pasado el invierno se arrastraban penosamente bajo el calor de los rayos de mayo o junio, cumpliendo con lo que ellos llamaban su deber y retomando la cama cuando se les antojaba.

He de confesar que acorté la existencia oficial de más de uno de aquellos venerables servidores de la república. A petición mía, les fue permitido descansar de sus duras tareas. Poco después, como si el único fin de su vida hubiese consistido en su diligencia al servicio de la patria, pasaron a una mejor vida. Sin embargo, me sirve de piadoso consuelo la idea de que, merced a mi intervención, les fue concedido tiempo suficiente para que se arrepintiesen de las perversas y corruptas costumbres en las cuales, de manera corriente, se supone que cae tarde o temprano cualquier empleado del servicio de Aduanas, ya que se sabe que de la citada institución no parte ningún camino que nos lleve directamente al Edén.

La mayoría de mis subordinados pertenecía a un partido político distinto del mío.^[8] Y fue una gran suerte para aquella venerable fraternidad que el nuevo inspector no fuese eso que se da en llamar un politicastro, y que tampoco hubiese recibido su cargo como recompensa por los servicios prestados en el campo de la política. Si hubiese sido así, un mes después de haber subido el ángel exterminador por las escaleras de la Aduana, no habría quedado en pie ni un solo hombre del antiguo cuerpo de funcionarios. En definitiva, no habría hecho más que obedecer la costumbre establecida por la política en casos como aquel. Saltaba a la vista que aquellos viejos lobos de mar temían que yo hiciese algo por el estilo. Así pues, me causaron una gran pena, mezclada con cierta risa, los terrores que provocó mi llegada, cuando advertí cómo aquellos rostros curtidos tras medio siglo de exposición a las tempestades marinas palidecían al ver a un individuo tan inofensivo como yo, o bien al notar, cuando alguno de ellos hablaba conmigo, el temblor que hacía ya muchísimos años solía hacer retumbar la ronca y vigorosa sirena del buque y que habría espantado al mismísimo Bóreas.^[9]

Aquellos excelentes ancianos sabían de sobra que, según las prácticas habituales, y con respecto a algunos de ellos debido a su patente falta de capacidad para los negocios, deberían haber cedido sus puestos a hombres más jóvenes, de distinto credo político, más adecuados para el servicio a nuestro Gobierno. Yo también sabía aquello, pero no pude decidirme a actuar conforme a ese conocimiento. Así pues, para grande y merecido desdoro mío y notable detrimento de mi conciencia oficial, durante mi época como jefe prosiguieron arrastrándose, podría decirse, por los muelles, y subiendo y bajando las escale-

[8] En el original indica que pertenecían al partido Whig, que fue un partido político estadounidense ya disuelto de ideología conservadora.

[9] Dios del frío viento del norte que traía el invierno con él. Bóreas era una deidad de una gran fortaleza y de carácter iracundo.

ras de la Aduana. Una parte de aquel tiempo, bastante si hacemos honor a la verdad, la pasaban dormidos en sus rincones de siempre, con el respaldo de las sillas apoyado en la pared, despertando aun así una o dos veces al mediodía para aburrirse unos a otros narrándose, por enésima vez, sus viejas historias marítimas y sus chistes o manidas gracias que todos se sabían ya de memoria.

Creo que pronto se dieron perfecta cuenta de que el nuevo jefe era un hombre con buen corazón, de quien había poco que temer. Por lo tanto, con los corazones contentos y la íntima convicción de ser empleados de utilidad y provecho, al menos en su propio beneficio, si no en el de nuestra patria amada, estos santos varones continuaron desempeñando, al menos nominalmente y en realidad de verdad, sus diversos empleos. ¡Con qué agudeza, ayudados por sus grandes espejuelos, echaban un vistazo al interior de las bodegas de los barcos! ¡Qué broncas armaban en ocasiones debido a nimiedades, mientras que otras, con una maravillosa estulticia, dejaban pasar por alto cosas realmente dignas de toda atención! Cuando sucedía algo por el estilo, por ejemplo, cuando un carro cargado de valiosas mercancías había sido transbordado subrepticamente a tierra, a plena luz del día, debajo de sus mismas narices y sin que se lo oliesen, entonces era digno de verse la energía y actividad que desplegaban, cerrando con doble vuelta de llave todas las escotillas y aberturas del buque delincuente, y redoblando la vigilancia, de modo que, en lugar de recibir una reprimenda por su negligencia inicial, parecía que eran más bien acreedores de todas las alabanzas por su celo y sus medidas cautelares. Al fin y al cabo, una vez que el mal estaba hecho, ya no cabía remedio posible.

Salvo que las personas con quienes yo tenga algún trato sean de lo más displicentes y antipáticas, mi costumbre, absurda si se quiere, es encariñarme con ellas porque las mejores cualida-

des de mis compañeros, si es que las tienen, son las que habitualmente noto, y constituyen el rasgo sobresaliente que me hace apreciar al hombre. Como la mayoría de aquellos viejos empleados reunían buenas cualidades, y como mi posición con respecto a ellos era casi paternal y protectora, favorable por ello al desarrollo de sentimientos amistosos, pronto se ganaron todo mi afecto.

En verano, al mediodía, cuando el calor tórrido casi lograba derretir al resto del género humano, pero casi no vivificaba sus soñolientos organismos, era realmente agradable oírlos charlar recostados todos en fila, como solían, contra la pared, evocando los chistes ya manidos de generaciones pretéritas que se contaban entre balbuceos y carcajadas estentóreas.

Me he dado cuenta de que, al menos exteriormente, la alegría de los ancianos tiene muchos puntos en común con la de los niños, en tanto que ni la inteligencia ni un profundo sentimiento humorístico entran para nada en el asunto. Tanto en el niño como en el anciano se asemeja a un rayo de sol que juega sobre la superficie, dotándola de una pátina luminosa y risueña, dando igual que sea la rama verde del árbol o el tronco caído y seco. No obstante, en uno es un genuino rayo de sol, mientras que en el otro se parece más bien al brillo fosforescente de la madera carcomida.

Sería del todo injusto que el lector pudiese creer que todos mis excelentes viejos amigos chocheaban. En primer lugar, no todos ellos eran ancianos, pues entre mis compañeros subordinados se contaban hombres en plena lozanía y fuerza de la edad. Eran hombres hábiles, inteligentes, enérgicos y, desde todos los puntos de vista, superiores a la ocupación rutinaria a la cual los había condenado su mala fortuna. Por otra parte, las canas de más de uno cubrían un cerebro con una inteligencia conservada en muy buenas condiciones. Pero por lo que se refiere a la mayoría de mi cuerpo de veteranos, no cometo

ninguna injusticia si lo califico, en líneas generales, de conjunto de seres tediosos que no habían sacado nada que mereciese la pena conservarse de su larga y variada experiencia de la vida. Podría decirse que, tras haber esparcido a los cuatro vientos las semillas de oro de la sabiduría práctica que tuvieron tantas oportunidades de acumular, habían conservado con todo el esmero posible solo la inútil e inservible cáscara. Hablaban con gran interés y poniendo todo su corazón sobre lo que habían almorzado aquel día o sobre la comida de la víspera, o bien acerca de lo que almorzarían el siguiente. Sin embargo, no dedicaban el mismo interés al naufragio de hace cuarenta o cincuenta años, ni a todas las maravillas del mundo que habían visto sus ojos cuando ellos aún eran jóvenes.

El abuelo o patriarca de la Aduana, no solamente de este pequeño grupo de empleados, sino casi diría yo de todo el personal respetable de todas las oficinas de Aduanas de Estados Unidos, era cierto funcionario inamovible. Podría ponerse como apellido y con toda exactitud el de hijo legítimo del sistema aduanero, nacido y criado a los pechos de esta noble institución, pues su padre, coronel de la Guerra de Independencia^[10] y antaño administrador de Aduana, había creado para él un cargo en una época que pocos de los hombres de los que viven en la actualidad son capaces de recordar.

Cuando conocí a este empleado, arrastraría consigo sus ochenta años más o menos. De mejillas sonrosadas, cuerpo sólido y vigoroso, levita azul de brillantes botones, paso enérgico y rápido, aspecto saludable y robusto, aunque no pareciese joven al menos sí parecía una nueva creación de la Naturaleza en forma de hombre, con quien nada tenían que hacer ni la edad ni los achaques propios del transcurso de los años. Su voz

[10] Conflicto bélico que enfrentó a las Trece Colonias americanas con el Reino de Gran Bretaña entre 1775 y 1783. Terminó con la derrota británica en la batalla de Yorktown.

y su risa, que resonaban sin cesar en todos los ámbitos de la Aduana, tenían esa agitación temblorosa similar a un cacareo de gallina que es tan habitual en la senectud, y se asemejaba al canto de un gallo o al sonido de un clarín. Si se le analizaba simplemente desde el punto de vista zoológico, pues tal vez no había otra perspectiva para llevarlo a cabo, era un objeto sin lugar a duda interesante cuando se observaba lo robusta y sana que era su constitución, así como la aptitud que tenía pese a su avanzada edad para gozar de todos o de casi todos los placeres a los cuales siempre había aspirado. La certeza de tener la existencia resuelta en la Aduana, el verse exento de preocupaciones y casi sin temor a ser dado de baja, además de un salario que percibía puntualmente, sin duda habían contribuido a que los años pasasen por él sin dejar huella.

No obstante, había causas mucho más sólidas, que giraban en torno a la rara perfección de su naturaleza física, la proporción moderada de su intelecto, y el papel tan secundario que en él desempeñaban las cualidades morales y espirituales que, a decir verdad, apenas bastaban para impedir que el anciano caballero imitase al rey Nabucodonosor^[11] en la manera de andar durante los años de su transformación. La fuerza de su pensamiento era inexistente; la facultad de albergar afectos, nula; en cuanto a sensibilidad, menos aún. En pocas palabras, en él no había más que unos cuantos instintos que, ayudados por el humor nacido inevitablemente de su bienestar físico, cumplían las funciones de corazón. Se había casado tres veces y había enviudado otras tantas. Había engendrado veinte niños, la mayoría de los cuales había rendido, a distintas edades, como tributo común a la madre tierra. Esto es suficiente para hacernos suponer que la naturaleza más feliz, el hombre más satisfecho con su suerte, tendría que albergar un dolor suficiente para mostrar cierto sentimiento de melancolía. ¡Pues nada de esto con nuestro

[11] Rey de Babilonia entre los años 604 a. C. y 562 a. C.

anciano empleado! Un breve suspiro para exhalar toda la tristeza de aquellos recuerdos y enseguida estaba tan listo y alegre como un muchacho, mucho más que el amanuense más joven de la Aduana que, pese a tener solo la edad de diecinueve años, era con todo un hombre más grave y reposado que el octogenario oficial del resguardo.

Yo estudiaba y observaba a este personaje patriarcal con una curiosidad mayor que la que hasta entonces me hubiese podido despertar ningún ser humano. Lo cierto es que era un raro fenómeno, perfecto y completo desde un punto de vista, pero superficial, ilusorio, impalpable y del todo insignificante desde cualquier otro. Llegué a creer a pies juntillas que ese anciano carecía de alma, corazón, intelecto o cualquier otra cosa, como ya he dicho, salvo instintos. No obstante, estaba compaginado de tal modo lo poco que realmente había en él que no producía una lamentable impresión de deficiencia. Lo cierto es que, por lo que a mí respecta, me daba por más que satisfecho con lo que había hallado en él.

Será complicado concebir mi existencia espiritual futura si atendemos a lo completamente terrenal y material que parecía. Sin embargo y suponiendo que terminase al exhalar su aliento postrero, lo cierto es que su existencia en este mundo nuestro no le había sido concedida en unas condiciones demasiado duras. Su responsabilidad moral no era mucho mayor que la de los seres irracionales, si bien es cierto que gozaba de mayores facultades que ellos para disfrutar de la vida y el haber quedado igualmente libre de los achaques y penas de la vejez.

Más concretamente les superaba con mucho en la facultad de recordar las buenas comidas que había disfrutado y que constituían una parte nada insignificante de su felicidad terrenal. Era un avezado gastrónomo. Oírle hablar de un asado era ya más que suficiente para abrirnos el apetito a nosotros. Como jamás poseyó otras dotes superiores, ni pervirtió o sacrificó don

espiritual alguno anteponiéndolo a la satisfacción de su paladar y de su estómago, siempre era un gran placer para mí oírle cuando departía sobre el pescado, la volatería, los mariscos y las distintas carnes, explayándose de lo lindo cuando se trataba del mejor modo de condimentar y servir a la mesa alguno de aquellos manjares. Sus recuerdos de un buen ágape, por antiguo que fuese en el tiempo, eran tan vívidos que parecía que realmente estaba aspirando el aroma de un lechoncito asado o de un pavo trufado. Su paladar aún conservaba y retenía el sabor de los manjares que había paladeado hacía sesenta o setenta años, como si se tratase de las chuletas de cordero que había comido aquel día. Recordaba con un deleite genuino, con una fruición sin par, un trozo de lomo asado o un pollo especial, un pavo digno de particular encomio, un pescado notable o cualquier otra vianda que hubiese hecho honor a su mesa en los días de su primera juventud. En cambio, los grandes acontecimientos que se habían desarrollado en el teatro del mundo durante los largos años de su vida habían pasado por él como circularía la brisa: sin dejar ningún rastro de su paso. Hasta donde he sido capaz de juzgar, el acontecimiento más trágico de su vida fue un contratiempo con un pato que se marchó de esta vida hace treinta o cuarenta años, un ánade cuyo aspecto vaticinaba deliciosos momentos y que, una vez en la mesa, resultó tan terriblemente duro que quien quiso trincharlo no logró ni siquiera hacer mella en el ave con el cuchillo, de manera que hubo necesidad de recurrir a un hacha y a un serrucho de mano para dividirlo.

Pero ya va siendo hora de que concluya este retrato, aunque tendría el mayor placer en detenerme en él indefinidamente, pues de todos los hombres que he conocido, este individuo me parece que ni pintado para la vista de la Aduana. La mayoría de las personas, debido a causas que no tengo tiempo ni papel suficiente para explicar, sufren una suerte de menoscabo moral

como consecuencia del peculiar tipo de vida de la mencionada profesión. El anciano funcionario no era capaz de experimentarlo y, si pudiese seguir en su empleo hasta el fin de los tiempos, continuaría siendo tan bueno como entonces y se sentaría a la mesa para comer con el mismo voraz apetito que lo caracterizaba.

Queda aún una figura más sin la cual estaría incompleta mi galería de retratos de empleados de la Aduana. Sin embargo, me conformaré simplemente con esbozarla, ya que mis ocasiones de estudiarla han sido escasas. Hablo de nuestro administrador, el valeroso y antiguo general Miller que, tras haber prestado un brillante servicio al ejército y tras haber gobernado durante cierto tiempo uno de los territorios salvajes situados al oeste, hacía veinte años que había recalado en Salem para pasar allí el resto de su honorable y agitada vida. El bizarro soldado ya contaría unos setenta años y estaba aquejado de una serie de achaques que ni siquiera su espíritu marcial, ni los recuerdos de sus elevadas proezas podían mitigar. Solo con la ayuda de un servidor y agarrándose a los pasamanos de hierro podía subir lenta y dolorosamente las escaleras de la Aduana para a continuación, arrastrándose con mucho trabajo, alcanzar su asiento de costumbre al amor de la chimenea.

Allí permanecía mientras escudriñaba con expresión serena a quienes entraban y salían, rodeado por el rumor provocado por la discusión de los negocios, la charla de la oficina, el crujido de los papeles, etcétera. No obstante, todo aquello parecía dejar impertérritos sus sentidos, sin que penetrase en la esfera de sus contemplaciones para alterarla. Cuando el hombre se hallaba en aquel estado de tranquila placidez, el semblante del general se mostraba benévolo y afable. Si alguien se le acercaba para preguntarle lo que fuese, una expresión de cortesía y de interés iluminaba entonces sus facciones. Aquello demostraba bien a las claras que todavía ardía en su interior el fuego sagrado,

oponiéndose tan solo la corteza exterior al paso libre de su luz intelectual. Cuanto más de cerca se le trataba, más saludable se mostraba su intelecto. Siempre que no se veía como obligado a hablar o a prestar atención a lo que le estaban diciendo, ya que ambas operaciones evidentemente eran para él un gran esfuerzo, su semblante volvía a manifestar la acostumbrada expresión de tranquila placidez. He de añadir que su aspecto no dejaba en el ánimo de quien lo contemplaba ninguna impresión de tristeza, ya que nada revelaba en él la decadencia intelectual que siempre acompaña a la senectud. Su armazón corporal, de por sí fuerte y maciza, no estaba desmoronándose todavía.

En condiciones tan sumamente desfavorables, era difícil estudiar su auténtico carácter y definirlo, como será complicado, digamos, reconstruir mediante la imaginación un antiguo fuerte como el de Ticonderoga^[12] si solamente tenemos enfrente sus ruinas. Aquí y allá tal vez se halle un tramo casi completo de muralla. Sin embargo, en general únicamente se distingue una masa informe, hundida bajo su propio peso y a la que los muchos años de paz y abandono han ido cubriendo de hierbas y ortigas.

No obstante, si se mira al viejo guerrero con afecto, pues pese a nuestro escaso trato mutuo, los sentimientos que abrigaba hacia él, al igual que sucedía con todos aquellos que lo conocieron, no podían dejar de ser afectuosos y pude discernir los principales rasgos de su carácter. Destacaban en él las nobles y heroicas cualidades que revelaban que no había alcanzado el nombre distinguido que disfrutaba por un mero capricho del azar, sino que se lo había ganado con toda justicia. Su actividad no fue hija de un espíritu inquieto, sino que siempre necesitó algún poderoso motivo que le diese el impulso. Eso sí, una vez

[12] Fuerte situado en la pequeña población de Ticonderoga, Estado de Nueva York. Fue tomado el 10 de mayo de 1775 por los coroneles Ethan Allen y Benedict Arnold, que sorprendieron y capturaron a una pequeña guarnición británica. Esta conquista se enmarcó en el inicio de la guerra de independencia de EE.UU.

Fin de la edición promocional